

Precondiciones para la explicación en psicología social*

Serge Moscovici**

El presente artículo comienza delineando una perspectiva general de la psicología social. Se postula que el constructivismo social, la perspectiva delineada a comienzos de los años sesenta, es una de las mayores contribuciones de la psicología social europea a las ciencias sociales en general. Cualquiera que sea su destino, se hacen algunas puntualizaciones: a) la física no es el único modelo a seguir; b) las actuales formas de explicación pueden y deben ser mejoradas; c) se requieren teorías más complejas; d) se esperan cambios en los criterios metodológicos y estadísticos para poder dar cuenta de fenómenos nuevos y complejos. Sin embargo, el principal problema hoy es la descripción y no la explicación; esto es, el descubrimiento y la observación de un rango más amplio de nuevos fenómenos sociales. Lo exitosos que seamos en esta empresa resolverá si la psicología social se convierte en una ciencia mayor o no. **Palabras clave:** psicología social, constructivismo social, explicación.

Dudas acerca del porvenir

En los últimos años se ha presenciado un resurgimiento del interés por el formato conceptual de la psicología social. Este resurgimiento ha sido estimulado por desarrollos históricos y por intentos de revertir la tendencia individualista en esta ciencia. A pesar de que tales intentos, iniciados en Europa, parecen haber tenido menos impacto de lo que sus iniciadores hubieran esperado (Doise, 1982; Israel y Tajfel, 1972; Harré y Secord, 1972; Moscovici, 1969), la atención no ha decaído. Así, después

* Artículo publicado en *European Journal of Social Psychology*, núm. 19, 1989, pp. 407-430. Traducción de Víctor Gerardo Cárdenas González, profesor investigador del Área de Investigación de Procesos Psicosociales de los Fenómenos Colectivos de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

** EHESS, París.

de permanecer latente por más de una década, el interés por las metas de la psicología social ha reaparecido, especialmente en América (Elms, 1975; Gergen, 1985; Sampson, 1978) y las discusiones acerca de las epistemologías compatibles con las nuevas metas han revivido. Como es típico en estas circunstancias, parte de las primeras reflexiones sobre la materia han sido desechadas; incluso, la mayoría sigue ignorada en la literatura común. Es igualmente típico que ahora la discusión sea conducida con una nueva terminología y, sobre todo, con nuevos argumentos.

Habiendo tomado una parte muy activa en estos debates e intentos desde sus comienzos, me he dado cuenta de que el problema de la explicación no consiste en elegir causas que den cuenta de los fenómenos, lo que en nuestro caso significa elegir entre el individuo o la sociedad. El verdadero problema es enfrentar explícitamente la siguiente cuestión: ¿Qué clase de psicología social queremos? No hay respuesta sencilla para esta pregunta, lo cual nos obliga a examinar la naturaleza de la investigación en que, de manera cotidiana, estamos comprometidos y a desafiar las normas de la comunidad científica a la que pertenecemos. Me siento reticente a abordar este problema, pues mi manera de pensar está inevitablemente influida por mi experiencia personal y por mis ideas acerca de lo que es y de lo que no es deseable en la sociedad, aún más, es el producto de una reflexión independiente acerca del significado del conocimiento científico. Y esto no es todo, existe el riesgo permanente de deslizarse de manera involuntaria hacia una postura hipercrítica e, incluso, a la utopía, predicando lo que otros *deben* hacer sin tomar en cuenta lo que *pueden* hacer, dadas las condiciones en que trabajan y las exigencias profesionales que deben satisfacer. En pocas palabras, el riesgo de proponer un ideal y unos principios cuya implementación puede no ser realizable bajo las circunstancias presentes y que, además, no se está seguro de seguir siempre y en todos aspectos.

¿Está un académico realmente consciente de lo que hace?, ¿es capaz de poner distancia del trabajo científico y pensar en él de forma reflexiva como alguien viendo a través de la ventana para observarse a sí mismo andar por la calle? El rol de crítico es raramente compatible con el de creador y viceversa. Es fácil proponer un ideal clarísimo y sólidos principios, pero nadie puede resistir la tentación de una excelente hipótesis, la posibilidad de un descubrimiento o encontrar una solución productiva, aún a costa del sacrificio del ideal y del olvido de los principios. *Primum vivere, deinde filosofare*, como dice el proverbio. Crear primero, luego pensar en ello, ésa es nuestra propensión. Desde un punto de vista epistemológico,

uno tiende a convertirse en un ecléctico esclavizado por la pura urgencia del descubrimiento y por la esperanza del éxito, siente el remordimiento de haber predicado una cosa y de haber practicado otra. Esta clase familiar de tensión surge de que aquello que es sustentable en el contexto de descubrimiento no lo es en el de la comprobación y viceversa. La presión social es un factor adicional, en la medida en que ganamos el reconocimiento de nuestros pares no por la corrección, sino por la originalidad de nuestras ideas. De ninguna manera es seguro, de hecho, que una buena concepción de ciencia conduzca a una buena práctica científica, de igual forma que los buenos motivos no conducen a la buena literatura. Muchos se han equivocado al pensar que lo opuesto es lo correcto, en especial entre los marxistas. Esta actitud, que ha confundido a muchas generaciones, debe ser rechazada.

Una vez planteadas algunas razones de mi reticencia, reconozco que mi participación en el análisis de nuestro campo común de investigación tiene utilidad. Aún estoy convencido de la trascendencia de esta discusión, pues indirectamente ayuda a dar forma a nuestro campo. Pero debo insistir en que estamos involucrados en una discusión, no en la formulación de un modelo exclusivo que deba ser aceptado sin controversia. Desde esa perspectiva pueden verse qué cuestiones concretas son las que surgen. Primero, la pregunta obvia: ¿Cuáles son las razones de la creciente marginalización de la psicología social?, después está la inquietante cuestión: ¿Las teorías físicas deben continuar sirviendo como modelos para las teorías en psicología social? El punto de vista aceptado acerca de esta cuestión es bastante claro y heurístico: la física sirve como el modelo no escrito para la psicología social. Un punto de vista no convencional, y que todavía no ha probado su utilidad, necesariamente llevará a consecuencias diferentes. Más adelante trataré de contestar estas preguntas. Si algunos de mis comentarios parecen críticos, su propósito no es censurar ni personas ni ideas. Por el contrario, el objetivo es estimular los intercambios, que hasta el momento han sido por desgracia bastante infrecuentes. Intercambios más cercanos y más frecuentes pudieran haber disminuido las diferencias entre nosotros facilitando el camino hacia un entendimiento común de la investigación realizada por ambas partes. La psicología social hubiera tomado la forma de una ciencia auténticamente internacional, abarcando diferentes tradiciones de investigación y culturas. Se hubiera convertido en una ciencia con la cual todos pudieran identificarse y en la cual todos se sintieran en casa, sin presiones.

La necesidad de un objeto de estudio común en la psicología social

I

Mis elecciones epistemológicas se remiten en muchos sentidos a un excitante periodo de nuestra historia, a una época crucial para la evolución de la psicología social europea. Si tuviera que formular de manera sucinta el ideal que guía esas elecciones, éste sería: crear una ciencia capaz de ligar y entretrejer sus componentes, hasta ahora dispersos entre las ciencias sociales. Tengo en mente la psicología de la economía, la psicología política, psicología de masas, etnometodología, así como el interaccionismo simbólico, el cual aún pertenece a su esfera, como puede verse: “Algunos designarán nuestra temática como *psicología social*, pero con el entendimiento de que la perspectiva del interaccionismo simbólico proporciona un punto de vista sobre nuestra temática que difiere sustancialmente del de otras aproximaciones” (Hewitt, 1984: 5). No pueden omitirse ciertos aspectos de la psicología del lenguaje (Billing, 1982; Rommetweit, 1974) y la psicología infantil, ambas relacionadas estrechamente con la psicología social.

La idea que nos guiaba era, por consiguiente, frenar y revertir la tendencia a la fragmentación que ha predominado durante medio siglo. ¿Es esto un mero ideal? No, es sobre todo la tarea práctica a la que estamos obligados. Hay muchas razones obvias en favor de la tendencia a la fragmentación: en primer lugar, la gran división entre psicología y sociología, en segundo lugar, el gran distanciamiento entre la psicología social y las otras ciencias sociales. La gente justifica esto, en efecto, diciendo que la psicología social es una rama de la psicología. Pero, ¿es esto verdad? Si investigamos sus raíces históricas, encontramos elementos para dudarlos. No sólo porque debemos contar entre sus primeros proponentes y entre los primeros en haber definido su objetivo a los fundadores de la sociología, como Durkheim, Simmel o Tönnies, sino también porque los psicólogos que fueron sus fundadores –Wundt, Tardé, Freud, McDougall, Baldwin, Mead, Lewin– pensaron en ella como un medio para establecer la continuidad con las otras ciencias sociales, en particular con la antropología. Vemos una ilustración de esto en el trabajo de Lévy-Bruhl, estudioso clasificado en Francia como un psicólogo social. Lo mismo se aplica al trabajo de Bartlett, quien claramente afirma esta continuidad con las otras ciencias sociales cuando escribe: “Y ulteriormente, por su relativa simplicidad, el estudio del grupo

primitivo será probablemente la mejor introducción a la construcción de una psicología social adecuada a las necesidades modernas” (Bartlett, 1928: 26).

Estos hombres, en ningún caso, concibieron a la psicología social como un apéndice de la psicología sino como un puente hacia otras ramas del conocimiento, como una ciencia no exclusiva de nuestra propia cultura sino de la comparación entre culturas. Una ciencia, por tanto, capaz de proveer una explicación del pensamiento social, del lenguaje, las religiones, la conducta colectiva, la formación grupal y la comunicación. En resumidas cuentas, una ciencia que establece la continuidad entre los fenómenos individuales y colectivos. Desde luego, el pasado y la tradición no son lo único que cuenta, pero tampoco pueden ser totalmente descartados debido a que ellos han delimitado los dominios de esta ciencia y los temas que la vertebran a través de la historia. En la medida en que la psicología social se perciba a sí misma cada vez más como una rama de la psicología se convertirá, por definición, en una rama subsidiaria de ésta, ya que la psicología se encuentra crecientemente forzada a tomar en cuenta factores biológicos y se aleja de los fenómenos sociales. En lugar de crear una continuidad, esto da lugar a la discontinuidad.

Por una parte, las teorías y los fenómenos que son del específico interés de la psicología social han quedado colocados en el limbo, si es que no excluidos totalmente, en especial aquéllos concernientes a los grupos y a las masas:

...debido a que la mayor parte de los psicólogos sociales psicológicamente entrenados han perdido contacto con la sociología, han fallado en apreciar las distintas implicaciones de las teorías sobre la estructura grupal y sobre la conducta colectiva (Shaffer, 1978: 565).

Por otra parte, las teorías y los fenómenos descubiertos por la psicología social, que son de gran relevancia para las otras ciencias sociales —como los relativos a la disonancia cognitiva, decisiones colectivas, relaciones entre grupos, conflicto y cooperación, entre otros—, no han recibido el reconocimiento que merecen. Son mencionados, y sus autores son citados aquí y allá, pero la carencia de intercambios los mantiene confinados a un reducido círculo, lo que les impide establecer ligas con disciplinas que podrían salir beneficiadas de ello (Wilson y Shaffer, 1978). Es decir, tratar de convertir a la psicología social en una rama de la psicología tiene el efecto de confinarla al rol de una ciencia menor, mientras que, en el esquema

de las ciencias sociales, parece destinada a funcionar como una disciplina mayor que estudia las ligas entre cultura y natura, así como entre los fenómenos sociales y psíquicos. Existe una urgente necesidad de dichos estudios, como puede observarse en que cada una de estas ciencias ha creado su propia psicología social sin una auténtica comunicación con la nuestra.

Se encuentran problemas cruciales y fascinantes en la encrucijada donde las relaciones entre la gente se originan, donde los sistemas simbólicos son creados y los elementos individuales y colectivos entran en contacto. Nuestros conceptos y métodos son indispensables para resolver esas dificultades. Al optar por la psicología social como una ciencia mayor y no como una rama menor de la psicología, optamos necesariamente por esos problemas. Estamos optando también por cierta escala de conflictos en los que concentrarse. Desde luego, admito el gran interés que existe en investigar qué atrae a los individuos entre sí, cómo se perciben unos a otros, cómo escogen cierta afiliación grupal, la manera en que hacen inferencias acerca de estímulos sociales, cambian sus actitudes y muchas otras cuestiones de este tipo, pero sólo con la condición de que los hallazgos puedan ser extrapolados y transformados de tal manera que aporten *insights* sobre lo que pasa a una escala mayor, en una escala social. Los fenómenos que considero son religión, poder, comunicación de masas, movimientos colectivos, lenguaje y representaciones sociales, los cuales reflejan las cuestiones cruciales de nuestro tiempo, los que dejan su huella en la historia de cada persona. Excepto nosotros los psicólogos, todos **reconocen** un fuerte componente psicológico en dichos fenómenos (Bloch, 1983), cuyo conocimiento es indispensable para la explicación de éstos. De hecho, Bartlett escribió hace mucho tiempo:

Cualquier explicación sobre las representaciones simbólicas puede ser aceptada como válida sólo en la medida en que se apegue al principio de que un símbolo debe ser interpretado estrictamente en referencia a la vida mental y la historia personal del individuo que lo usa, o a las respuestas características del grupo a que el símbolo pertenece (Bartlett, 1928: 248).

A través de esos hechos acerca de la comunicación y de las representaciones nos aproximamos a una concepción más rica de los seres humanos, concebidos como parte de un entramado social, envueltos en un entramado de acciones que conforman la cultura a la que pertenecen y que comparten. Por otro lado, si estos factores son menospreciados, lo que queda es una realidad más empobrecida y más trivial que la del sentido común.

Los adultos, seres humanos normales, reducidos a meros organismos, son estudiados desde una perspectiva más estrecha que la de niños o neuróticos (Moscovici, 1984a). El resultado es una psicología miniatura minimalista con un desafortunado aire artesanal. Esto va contra la observación de que todos adquirimos una gran cantidad de conocimientos relativos a los sentimientos y pensamientos humanos al tener que convivir con otros. Al vivir como seres sociales, inevitablemente nos formamos una concepción diversificada sobre las motivaciones, elecciones, habilidades, propensiones para el bien y para el mal. De hecho, formamos lazos sociales como ciudadanos, padres, creyentes, trabajadores, etcétera, sólo en virtud de nuestros *insights* psicológicos y sociológicos. Ahora, el qué y el porqué parecen haber sido descartados como meros epifenómenos. Hay un pasaje que me ayudó a ver esto con mayor claridad, Asch escribió: “El peligro de ignorar asuntos relevantes es que asuntos menos relevantes usurpan su lugar”. Incluso, muchos tenemos un punto de partida basado en la doctrina de que el hombre es un descendiente directo de la rata blanca. Una perspectiva limitada puede tener el efecto de trivializar el objeto de estudio. Quienes profundizan nuestro entendimiento, nos ayudan, por regla, a ver más en una región dada de lo que habíamos supuesto que había allí; en la psicología social, se tiene el incómodo sentimiento de ser invitado a ver menos de lo que pensábamos que estaba ante nosotros. Uno se pregunta si el no apreciar la relevancia de la historia y la literatura, del arte y la religión para los asuntos humanos es el prerrequisito para hacer psicología social (Asch, 1959: 368).

Estos hechos, examinados en la escala apropiada, hacen a nuestra ciencia significativa para las otras ciencias sociales y para la cultura en general. ¿De qué otra forma podríamos aproximarnos a los problemas concernientes al conocimiento compartido y a la acción en común? ¿Cómo podríamos entender la conformación de grupos, creencias, movimientos y los lazos entre los seres humanos en el mundo actual? Para clarificar qué buscar y qué explicar acerca de estos fenómenos he caracterizado a la psicología social como una antropología de la cultura moderna, como otra manera de formular el ideal por el que luchamos. Algunos me advertirán que nuestros métodos son inapropiados y que nuestras hipótesis han sido verificadas sólo a escala de laboratorio y que, por tanto, sería anticientífico extrapolarlos a escenarios más amplios. Sin embargo, ¿puede concebirse el avance sin dar ese salto?, ¿no es eso lo que la mayoría de las ciencias, como la cosmología, la economía y la biología hacen todo el tiempo? Pero,

considerando exclusivamente a la psicología, cuyas principales teorías fueron planteadas sobre un número limitado de protocolos o de observaciones de unos cuantos pacientes sujetos a hipnosis, la extrapolación está justificada en la medida en que se mantienen intercambios con otras disciplinas que hacen el mismo tipo de cuestionamientos, que proveen de conjuntos de datos y de guías teóricas. En este punto, quisiera llamar la atención sobre un defecto de nuestra formación. Para trabajar en su profesión, se espera que los bioquímicos tengan un entrenamiento tanto en biología como en química, que tengan conocimientos básicos en las dos disciplinas. No sucede lo mismo con los psicólogos sociales: ellos obtienen una amplia educación en las diversas ramas de la psicología, lo que les permite entender la fisiología de la acción muscular o de la visión y aplicar estos conocimientos a la investigación sobre las emociones, la influencia, los procesos mentales, etcétera. Al mismo tiempo, ellos no reciben prácticamente alguna instrucción en sociología o antropología. Haciendo una analogía, estos psicólogos sociales serían como bioquímicos que no conocieran casi nada de biología o, a lo sumo, que tuvieran sólo nociones generales sobre la materia. Esta situación crea a menudo una mezcla de psicología científica con sociología popular y con antropología popular. La psicología social que yo propongo como una de las ciencias sociales estaría vinculada con la visión clásica de su campo de acción, que a pesar de no haber sido su directriz, ha estado siempre presente de manera subterránea. Citando a Goethe: “todo lo que es sabio, ha sido pensado ya con anterioridad; todo lo que podemos hacer es repensarlo”.

II

Sin embargo, en última instancia cabe preguntarse: ¿Qué es lo que hace que la psicología social tenga tanto interés y lo que la hace tan importante entre las ciencias sociales? ¿Se debe a que se enfoca a nuestras reacciones psíquicas hacia las personas en lugar de a las cosas?, ¿o es debido a su concentración en las interacciones colectivas? De hecho, ninguna de esas explicaciones es satisfactoria. Los debates sobre estos asuntos por lo general empiezan asumiendo que todo mundo ha sabido desde siempre cómo dividir la realidad en esferas individual y colectiva, que esta división es intuitiva y es parte del conocimiento común, mientras que, por el contrario, la distinción entre sustancias orgánicas e inorgánicas se ha tornado

cada vez más desconcertante. Todo sería sencillo si uno pudiera decir sin titubeos; esto es lo individual y esto es lo social como si cada una fuera una entidad autónoma. Esto significaría que uno podría conocer a un individuo sin conocer a los demás como si se tratara de dos mundos ajenos. El potencial de tan simplista punto de vista es innegable, tanto como lo es la división concomitante: el individuo reducido a su organismo y la sociedad objetivada en sus instituciones. Este punto de vista conduce a un resquebrajamiento que hemos reprobado desde hace mucho tiempo: el individuo es concedido a la psicología y la sociedad a la economía o a la sociología. La única forma en que el individuo es percibido por las dos últimas ciencias es como uno definido colectivamente: compradores o vendedores en el mercado, gobernantes o gobernados, etcétera. No hay individualismo metodológico que valga la pena mencionarse en las ciencias sociales, sólo se trata de una convención que permite suponer que los dos términos pueden ser separados.

La psicología social representa uno de los puntos de tensión creados por la intersección de esos términos, los cuales no pueden nunca disociarse ni ser tratados como si cada uno tuviese una realidad distinta. El problema del liderazgo es un buen ejemplo: en él es sumamente difícil distinguir lo que es personal y lo que es colectivo. En pocas palabras, nuestra disciplina es el locus donde la continuidad de lo individual y lo colectivo se manifiesta. Podemos decir también que la psicología social representa un ataque subversivo en contra de la división existente, un desafío a la fragmentación de la realidad. Nos recuerda que en un nivel práctico, tratamos con individuos atrapados en redes sociales y con sociedades plagadas de individuos de gran diversidad y que cualquier explicación que pretenda veracidad debe tomar esto en cuenta.

Así, cuando uno dice: aquí está el individuo y aquí la sociedad, está haciendo a un lado la experiencia práctica. Podría replicarse que esto no constituye algún peligro, y tendría razón en cierto sentido. Todo conocimiento se basa en la abstracción, pero a condición de que alguna otra área del conocimiento se ocupe de lo abstraído, lo observe y construya una teoría sobre ello, tal como la mecánica clásica se ocupa de los átomos individuales por los que la mecánica estadística no se interesa. Una psicología social que se ocupe sólo del individuo, como lo concebía Allport, es tan insatisfactoria como una interesada solamente por la sociedad, como la concebía Durkheim. Ambas aproximaciones ocultan una realidad básica, una invariante de la existencia cuyas marcas son visibles dondequiera: la oposición

entre individuo y sociedad, la dura batalla que siempre se ha librado entre las fuerzas individuales y las fuerzas colectivas. Como Freud ha observado:

Cantidad de luchas son peleadas por la humanidad y se concentran alrededor de una simple tarea: encontrar un adecuado equilibrio que asegure la felicidad de todos, entre los requerimientos de lo individual y los requerimientos culturales de la colectividad. Y uno de los problemas de los que depende el destino de la humanidad es precisamente saber si este equilibrio puede alcanzarse por medio de una forma de civilización, o si por el contrario, el conflicto es irresoluble (Freud, 1983: 45).

Irresoluble, ciertamente; sin embargo, eso no excluye la posibilidad de periodos de armonización y pacificación local.

Como una ciencia mayor, la psicología social justifica su existencia en la medida en que se dedica a un único problema: ¿qué es lo que causa el conflicto entre el individuo y la sociedad? Se dedica a este deber al estudiar concretamente cómo el individuo se integra a las colectividades, por imitación y conformidad, por las presiones a la uniformidad ejercida por las masas y los grupos, por la diseminación de estereotipos y la necesidad de reducir la disonancia entre las presiones externas y las creencias y deseos internos. Pero puede cumplir su deber también al estudiar lo contrario, como se ha hecho: el cambio de la sociedad o de los grupos por los individuos que pertenecen a ellos, ya sea por innovación, presiones de las minorías hacia las mayorías (Mugny, 1982; Paicheler, 1988), discusiones para alcanzar una decisión colectiva (Doise y Moscovici, 1974), diferenciación (Lemaine, 1979) o movilidad (Tajfel, 1981) y desarrollo cognitivo (Doise y Mugny, 1984). De todas esas formas, las cosas resultan completamente transformadas por los enérgicos esfuerzos de los participantes (Moscovici, 1976).

Podría entrar en detalles y ampliar la lista de conceptos con los del desempeño de roles, comunicación, liderazgo y otros, pero son familiares a todos. El conflicto entre el individuo y la sociedad no sólo delimita el problema, que es la preocupación central de la psicología social, también determina lo que es original en relación con su manera de ver la realidad. Podríamos decir que hay una forma psicociológica de ver las cosas. Psicólogos y sociólogos usan un esquema binario para interpretar la realidad. Éste establece una oposición entre sujeto y objeto, los cuales son definidos de forma independiente uno del otro. Los psicólogos colocan al *ego* (el individuo, el organismo, la percepción) en un polo y al *objeto* en el otro. O bien, oponen un conjunto de respuestas y estímulos: E-O o R-E (Mos-

covici, 1984b). Cuando se estudia el procesamiento de información, por ejemplo, el foco de interés está sobre la forma en que el cerebro, aislado y preprogramado, infiere algo a partir de los datos que provienen del exterior. La misma línea de pensamiento predomina en sociología, con la excepción de que el sujeto es una colectividad (el grupo, la clase social, el Estado) en lugar del individuo, mientras que el objeto consiste en los recursos, representa una institución, etcétera. Ocasionalmente el objeto consiste en otras personas o grupos, y constituye lo que se denomina ambiente humano. Sin importar el tipo de diferenciación, el propósito es determinar cómo las distintas categorías de individuos se comportan en sociedad, distribuyen los bienes u organizan el poder jerárquicamente. Necesitaría todo un libro para establecer con claridad y fundamentar lo que aquí apenas bosquejo. Incluso, una gran cantidad de psicólogos sociales han usado esquemas análogos, lo que ha causado enormidad de malos entendidos (Moscovici, 1983).*

Sin embargo, la psicología social tiene una forma específica de ver las cosas que implica una interpretación ternaria de los hechos y las relaciones. Reemplaza la relación binaria consistente en un sujeto-objeto, tomada de la filosofía clásica, por una relación en la que hay tres elementos: el sujeto individual, el sujeto social y el objeto. Dicho de otra forma: ego-alter-objeto, cada uno diferenciado. Esta relación, al igual que la binaria, implica un conflicto, pero también un proceso de mediación continuo. Sin embargo, debe especificarse claramente cómo el alter (individuo o grupo) es concebido cuando se analizan las relaciones con el objeto real o simbólico. Este otro (el alter), puede ser alguien similar (un alter ego) o puede ser un otro pura y simplemente. Es obvio que las teorías y los tópicos de investigación varían entre sí según como definan este alter. La mayoría de los estudios sobre identidad, con algunas valiosas excepciones (Zavalloni y Louis-Guerinc, 1984), no tienen que ver con este otro o, si acaso, lo definen sólo de manera esquemática. En estudios sobre la conformidad y la comparación social, el otro es postulado como un alter ego, el desviante es menos el sujeto que el modelo. Por otra parte, en las investigaciones sobre innovación, en que la minoría actúa como instigadora, hay un simple otro que expresa sus propias opiniones o juicios y que son con claridad distintos. Lo que las minorías y los individuos disidentes quieren es ser reconocidos

* En el texto original en inglés faltan algunas referencias aquí señaladas con (*). En todos los casos se respetó la información original.

como tales por la mayoría y por quienes detentan el poder. Ejemplos sorprendentes son la evolución de Solidaridad en Polonia y el movimiento feminista en los Estados Unidos. Los dos mecanismos fundamentales, comparación social y reconocimiento social (Moscovici y Paicheler, 1973), corresponden cada uno a diferentes formas de definir al otro en las relaciones del individuo con el mundo que le rodea. Este otro, desde luego, puede ser un grupo, una persona en posición de autoridad, o bien una idea moral o política con atributos similares. El modo de ver lo que acabo de describir tiene una consecuencia directa: no puede lograrse una plena comprensión de los principios y hechos de la acción social cuando se parte de observaciones que comienzan desde las condiciones de los sujetos, esto es, cuando sólo se toma en cuenta cómo el individuo percibe el ambiente físico y se comporta en él, porque la suma total de información así obtenida nunca podrá proveer un fundamento sólido.

III

Un requerimiento adicional es que esta forma de ver las cosas sea atraída por o dirigida hacia un objeto definitivo, hacia un conjunto común de fenómenos, los cuales puedan ser estudiados de forma continua a lo largo del tiempo. Ésta es una precondition para que una ciencia pueda tomar forma y progresar sistemáticamente, así como para lograr una base sólida de resultados. Si los economistas no hubieran decidido enfocarse en el mercado desde hace mucho tiempo, o los lingüistas en la sintaxis y la fonética, ninguna de las ciencias hubiera alcanzado su generalmente reconocido nivel de desarrollo. Los admirables esfuerzos de investigación de nuestros colegas americanos han dado lugar a una moderna y rigurosa psicología social, lo cual con seguridad ha inspirado creencias en su capacidad de expansión. Sin embargo, esa expansión no ha podido materializarse. Los incesantes cambios de foco y la igualmente incesante fluctuación en los objetos investigados han impedido que esto ocurra. Pese a ello, existe un amplio rango de fenómenos en los cuales la psicología y las ciencias sociales tienen intereses convergentes, y que podrían beneficiarse, en primer lugar, de un tratamiento sistemático y, en segundo, de la intercomunicación. Pienso, por ejemplo, en las representaciones sociales y mentales que se manifiestan en el lenguaje, los mitos, religión, creencias e ideologías que surgen en cada cultura.

Los fenómenos anteriores llaman la atención, en gran medida, como ingredientes necesarios de los lazos sociales y las acciones colectivas. Operan como el requisito primordial de toda forma de transformación e intercambio de los individuos. Von Newman hizo la observación, un tanto en broma, de que la autoreproducción de las máquinas podría ocurrir sólo si dos de ellas colaboraran en ese trabajo. Para que surja la colaboración entre individuos, ellos deben representarse mutuamente con ciertas capacidades, como amigos o enemigos, padres o hijos, expertos o novatos. Cuando nos enfrentamos a nuestro medio ambiente, los pensamientos y sentimientos surgen sólo en una de las dos partes, pero en nuestras negociaciones con otras personas o grupos, estos procesos aparecen de manera simultánea en ambos lados, y cada uno es más o menos consciente del otro. Consideremos, por ejemplo, las siguientes expresiones comunes, que nos indican cómo establecer relaciones interpersonales: ponte en el lugar del otro, mira las cosas desde el punto de vista de la otra persona. No sólo es un asunto de empatía, sino de tratar de imaginar cuáles son las representaciones de la otra persona desde su perspectiva y de adaptar las propias a las de la otra persona. Lógicamente hablando, uno puede tener éxito en lo anterior sólo mediante la formulación de hipótesis sobre la base de un conjunto de información común y de la participación en el grupo.

Existen muchas teorías que al suponer que nos comparamos con los demás, que nos colocamos en su lugar, que percibimos su situación sin compartir una base de conocimiento común, están confundiendo la representación de la persona con la persona misma y las premisas teóricas con sus conclusiones. La difundida noción de un individuo percibiendo a un objeto o a una persona de forma privada, encuentra su contraparte en el concepto de un individuo que monitorea sus experiencias internas y externas y sacando inferencias de estas observaciones. De manera realista, tomaría mucho tiempo que esta persona concluyera, sobre las bases de una percepción privada imparcial, que otra persona está moralmente equivocada o que lo que está viendo es una enorme ave y no un aeroplano. Por el contrario, podemos estar seguros de que cuando un individuo hace una inferencia de este tipo, obtiene sus conclusiones no sólo a partir de los hechos que percibe sino desde el conocimiento que parcialmente ha recibido de otros y ha creado conjuntamente con ellos, es decir, la persona activa una representación social subyacente (Moscovici, 1961).

Encontramos la misma observación, aunque revestida con una diferente terminología, en un comentario relativo a la forma en que cada uno de nosotros da explicaciones, esto es, atribuimos causas a las reacciones de otras

personas: "Las atribuciones realizadas a través de la comunicación social indudablemente tienen más o menos las mismas consecuencias que aquellas hechas a través de procesos cognitivo-inferenciales" (Fiske y Taylor, 1984: 98). ¿Deben ser considerados estos procesos como opuestos? En efecto, la representación en cuestión nos permite interpretar y organizar los hechos sobre la base de las reglas tomadas, ya sea desde el sentido común o desde la ciencia. Estas reglas no se infieren *independientemente* a partir de la pura observación del mundo y del uso de la información así derivada. Como Wittgenstein observó: un individuo aislado no podría ser guiado por reglas ni dar validez a sus propios pensamientos en el contexto de un "lenguaje privado", lo cual parece una verdad de suyo evidente. En cualquier caso, en la psicología social, debemos despojar a la percepción y a la conducta de la posición dominante que han ocupado por tanto tiempo en la psicología y reemplazarlas por la primacía de la representación (Moscovici, 1988a).

Percibimos y actuamos con mentes que ya poseen estructuras precondicionadas para determinar en gran medida lo que es el mundo de nuestra experiencia. Debe asegurarse que nuestra acción y nuestro entendimiento cotidianos dependen en buena parte de esa estructura. Como un resultado del tener que vivir con otros, cada uno de nosotros está dotado de complejas estructuras para describir y explicar las actividades humanas e, incluso, con supuestos e interpretaciones que contienen ciertos grados de razonabilidad y plausibilidad. Nuestro entendimiento de los así llamados "hechos" es, por tanto, una parte de los mismos. Un bien económico, como el dinero o el alimento, no puede ser definido en términos físicos, sino sólo en función de los conceptos y las creencias que se tienen sobre ellos. Las representaciones, a las cuales nos estamos refiriendo aquí, son extraordinariamente etéreas, pues son transmitidas de individuo a individuo por medios inmateriales. Sin embargo, asumen formas concretas cuando se objetivan en instituciones, rituales, instrumentos y costumbres, o cuando se materializan como tendencias de opinión o creencias que nos guían históricamente en las áreas más significativas. Los virus y los espíritus, por ejemplo, son diferentes entidades que producen formas distintas de reacción con respecto a las enfermedades. Pero, una vez que son examinados con amplitud y se convierten en asunto de interés público, que puede decirse que las computadoras contraen virus, tal como la gente contrae SIDA, se hace muy difícil separar lo que existe de lo que es representado como existente, ya que no podemos ver directamente ni a los virus ni a los espíritus.

Si deseamos, con seguridad podemos llamarlas metáforas, aunque algunas veces despiertan sentimientos contagiosos, dañinas discriminaciones y terminologías estigmatizadoras. No existe forma de capturar lo que es el entendimiento ordinario sin ahondar en sus raíces cognitivas. Pero, ¿cuáles raíces? Ciertamente, no es suficiente examinar procesos de información estereotipada o cálculos lógicos definidos de acuerdo con condiciones abstractas. Como Wittgenstein dijo alguna vez: “¿Cuál es la utilidad del estudio de la filosofía, si todo lo que hace por ti es capacitarte para hablar con alguna plausibilidad de oscuras cuestiones de la lógica... si no enriquece tus pensamientos sobre las cuestiones más importantes de la vida?”. En realidad, las raíces cognitivas de estas cuestiones son las representaciones sociales generadas en las intenciones cotidianas que se encuentran en las personas normales de nuestros días. Es tan inútil pretender desentrañar su estructura en términos de esquemas o de cualquier otra abstracción sin tomar en consideración sus contenidos (Farr y Moscovici, 1984) como lo es pretender desentrañar la estructura gramatical sin considerar la semántica. Las teorías derivadas de estas estructuras probarán tarde o temprano ser infructuosas o incorrectas. Lo mismo será verdad para cualquier teoría que trate sobre el proverbial “hombre de la calle”, si no es concebido como estando en la calle, en sus escenarios habituales, como un hombre real. Desde luego, esto no es nada fácil, pero vale la pena.

La relativa autonomía de las representaciones y su capacidad para dar forma y significado a la experiencia colectiva condicionan la realidad social en que vivimos. Esto fortalece la perspectiva constructivista en psicología social (Moscovici, 1961) con respecto a la identidad tanto de objetos como de personas (Duveen y Lloyd, 1986). Resumiendo, hay tres aspectos que definen nuestra ciencia dentro de la órbita de la psicología, pero sin separarla de las otras ciencias sociales: su particular forma de ver las cosas, su objeto, en el cruce de caminos de varias ciencias, y su punto de vista sobre la “creación” de la realidad social (House, 1977; Moscovici, 1988b). Al ocuparse de los fenómenos en una escala social y de las tensiones entre individuos y elementos colectivos, la psicología social podría recuperar el lugar que en la concepción tradicional tenía reservado, ofreciendo una amplia variedad y riqueza de contribuciones. Subrepticamente, la gente está comenzando a pensar otra vez en los excitantes problemas que pueden ser encontrados al distinguir entre la macro y micro psicología social, ahora que se cuenta con mejores herramientas. Lo mismo sucede en otras ciencias. En economía, existe una macro y una micro teoría eco-

nómica: la teoría de las demandas agregadas y la teoría de las empresas, por ejemplo. En lingüística, el lenguaje es analizado tanto desde un nivel semántico como desde los niveles gramaticales del habla y algunos otros, donde el análisis se centra en las palabras y los morfemas. Tratar de aclarar dichos problemas puede estimular el deseo de una teoría general. Al menos, se puede tener esperanzas en ello.

¿Qué podemos hacer para fortalecer el valor de las explicaciones?

I

Las elecciones mencionadas no son las que otros han estado haciendo ni son las de la psicología social actual. Sin embargo, tienen que ser elucidadas para plantear de manera adecuada mis subsecuentes consideraciones. Independientemente de las elecciones hechas, no existe desacuerdo sobre lo que constituye una buena explicación o una buena teoría: debe descansar en postulados claros, enlazar coherentemente un conjunto de proposiciones y someterlas al veredicto de la experimentación. Además, debe dar cuenta de un amplio rango de hechos conocidos y, lo más importante, predecir hechos inesperados. La elegancia y la producción de resultados no esperados son cualidades deseables en una buena teoría. Y ésta es, en realidad, la cuestión a la que nos enfrentamos. Por el momento, la física es la única ciencia donde la explicación cumple un papel supremo y donde la teoría observa esos requerimientos con rigurosidad. La claridad de sus postulados, la precisión de sus hipótesis y de sus predicciones son únicas (Wigner, 1967). Otras ciencias no han logrado éxito en la combinación heurística de la lógica matemática y los conceptos específicos de la ciencia en cuestión. Para limitarnos al terreno que nos concierne, los fenómenos biológicos y sociales parecen en realidad refractarios al tipo de idealización espacial, que es el mayor logro de la física. No es por falta de esfuerzo que la teoría darwiniana no ha permitido su reformulación en términos de química o física, y no conozco teoría psicológica que lo haya hecho mejor.

Sería adecuado ponderar las siguientes anotaciones del biólogo Crick, quien pasó de la física a la biología y participó en el descubrimiento del código genético. Al discutir las diferencias entre biología y física, dice:

La física es también diferente porque sus resultados pueden ser expresados en poderosas, profundas y frecuentemente contraintuitivas leyes generales. No hay realmente nada en la biología que corresponda a la relatividad especial o general, o a la electrodinámica cuántica, o siquiera a las simples leyes de la conservación de la mecánica Newtoniana: la ley de la conservación de la energía, el momentum o del momento angular. La biología tiene sus "leyes" como las de la genética Mendeliana, pero frecuentemente son sólo amplias generalizaciones con significativas excepciones... lo que se encuentra en la biología son mecanismos, mecanismos contruidos con componentes químicos y que son frecuentemente modificados por otros, posteriores, mecanismos, que se suman a los anteriores. Mientras que la navaja Occam es una útil herramienta en las ciencias físicas, puede ser un implemento muy peligroso en biología. De esta manera, sería demasiado imprudente usar la elegancia y simplicidad como guías de la investigación biológica (Crick, 1988: 138).

Si tenemos presente el tipo de fenómeno con el que nos enfrentamos, deberíamos normalmente aspirar a teorías concebidas de forma similar a las biológicas o económicas, por ejemplo. El mismo criterio pragmático debería aplicarse. Las teorías deberían compartir una red de conceptos capaz de predecir hechos y de entrelazar de forma novedosa los ya conocidos. O, para decirlo de otra forma, deberíamos buscar una red conceptual que nos permita organizar los hechos de una forma atractiva y de entender la realidad más efectivamente. Pero esta estructura también debería capacitarnos para distanciarnos del conocimiento común y dejar atrás la familiaridad cómoda con los asuntos físicos y sociales que se interponen en el camino del conocimiento objetivo. De otra manera, las teorías no son mejor que historias en las que nosotros creemos, con valor conversacional, pero no intelectual. No deberíamos ser demasiado ambiciosos y esperar que podamos falsificar o verificar sino aspirar a la fertilidad como nuestro único criterio. No propongo renunciar a las explicaciones con sus ambiciosos estándares, sino sólo adaptar esos criterios a los fenómenos que nos conciernen. Estamos persiguiendo un fuego fatuo cuando tratamos de modelar a la psicología social en los mismos términos que la física y al evaluar las teorías psicológicas con los estándares de esta última. La teoría de la disonancia es la que se ha acercado más a esta meta. En este sentido, resulta ejemplar y excepcional.

Al tener presente la experiencia de las ciencias biológicas y sociales resulta plausible estar menos dominados por la naturaleza explicativa de las teorías y podemos dejar de actuar como si buscáramos una respuesta al ¿por qué? como el interés básico de la ciencia. Es más urgente, por una parte, iniciar la descripción de los fenómenos que nos ocupan, lo cual es

una tarea de suma importancia que ha sido relegada por mucho tiempo. Por otra parte, la mayoría de las ciencias se concentran en el perfeccionamiento de instrumentos, en el descubrimiento de hechos que aún no son objeto de estudio de alguna teoría, en la invención de técnicas para medir esos hechos y en la solución de problemas urgentes. Con seguridad, a largo plazo tienen un efecto sobre el conocimiento. En términos generales, las teorías explicativas son raras y las ciencias que se concentran en encontrarlas lo son aún más. ¿Se encuentra la psicología social entre ellas? Sí, pero no exclusivamente.

II

A pesar de todo, deben hacerse esfuerzos para elevar el valor epistemológico de las explicaciones que buscamos, ya sea que las causas sean de naturaleza social o individual. Para ilustrar a lo que me refiero, bosquejaré mi propia experiencia y en especial el resultado de reflexiones originadas en un nuevo examen de un conjunto de estudios sobre la toma de decisiones colectivas. ¿Podrán ser valiosas para otros y ser aplicadas a diferentes ejemplos? A pesar de mis dudas, enfatizaré cuatro puntos que podrían ayudar a mejorar el valor de las explicaciones.

1. Las teorías no deben ser desechadas a menos que hayan sido convincentemente refutadas y reemplazadas por otras mejores. Se deben conservar como líneas potenciales de investigación y aplicarse a varios fenómenos. La teoría de la disonancia cognitiva es un caso relevante. Ésta no ha sido invalidada por ningún experimento ni ha mostrado ser inconsistente o carente de poder predictivo. Sin embargo, son pocos los estudios dedicados a ella y es casi completamente ignorada en el área de la cognición social. ¿Ha sido reemplazada por teorías que resuelvan los problemas que fue incapaz de resolver o que sean superiores a ella desde un punto de vista empírico o lógico? Éste no parece ser el caso. Ni la teoría de los esquemas ni la de la atribución tienen estas características y muchos parecen estar de acuerdo. Carecen de consistencia interna (Kruglanski, 1975), de falsabilidad de sus hipótesis, de novedad en sus predicciones, entre otras cosas. Se cita en un texto: "El término 'esquema' no forma por sí mismo una teoría bien desarrollada, al igual que el término de atribución no es una teoría" (Fiske y Taylor, 1984: 90). En estas circunstancias, es difícil entender por qué coexisten y cómo están relacionadas. No es suficiente asignar a cada una de ellas un ámbito separado para permitirles trabajar conjuntamente

en la misma ciencia; se debe encontrar alguna forma de articularlas y de intertraducirlas para encontrar correspondencias entre ellas. Ni la teoría de los esquemas ni la de la atribución actual constituyen una buena teoría en el sentido de la física. Cuando mucho podrían servir como esquemas conceptuales para problemas específicos si se pudiera, a partir de ellas, ir más allá de una simple "colección de conocimientos" (Fiske y Taylor, 1984: 90), descubrir fenómenos desconocidos y observar hechos inesperados. De no ser el caso, el gran trabajo realizado se habrá hecho en vano, como ha ocurrido en otros campos: la investigación sobre grupos y la personalidad autoritaria, entre otros.

2. Existen teorías equivalentes que dan cuenta de un mismo conjunto de hechos. Se espera que la nueva teoría sea capaz de interpretar los hechos tan efectivamente como la antigua. Pero aún esto es insuficiente: hay experimentos en los cuales puede hacerse que una hipótesis replique ciertos datos conocidos, y compararlos con hipótesis alternativas, sin embargo, ello no nos dice nada sobre la realidad. La adopción de una nueva teoría sólo se justifica si nos permite predecir hechos o revelar conexiones desconocidas. Debe ir más allá de lo conocido, añadir nuevos colores a los efectos ya existentes. Tomemos un ejemplo concreto. En concordancia con esta regla general, hace 20 años ofrecimos una hipótesis que pretendía explicar la forma en que los grupos toman decisiones. Nuestra hipótesis era que el grado de compromiso o involucramiento de los miembros del grupo, en el transcurso de una discusión, aumenta la fuerza de sus normas compartidas y provoca un cambio en la percepción o en las actitudes, lo cual conduce al consenso hacia los extremos. Como es bien conocido, la hipótesis predecía el fenómeno de la polarización del nuevo grupo (Moscovici y Zavalloni, 1969). Esta conjetura fue capaz no sólo de resolver un cierto número de dificultades encontradas en el estudio del cambio bajo riesgo, sino también de abrir una línea de investigación sobre las decisiones colectivas. Ya que la validez general de lo anterior fue establecida, los resultados obtenidos indujeron un cambio completo de perspectiva, descrita por Pruitt en estos términos:

Mientras los fenómenos eran vistos como un cambio bajo riesgo, se asumía que tenía principalmente implicaciones prácticas. La investigación parecía implicar que debía usarse al grupo cuando se trataba de tomar decisiones riesgosas y a individuos cuando se trataba de decisiones cautelosas... Al mismo tiempo, y especialmente a la luz de los descubrimientos sobre cambios que no involucran dimensiones de riesgo, el fenómeno ha empezado a cobrar más interés desde un punto de vista teórico (Pruitt, 1971: 340).

Esto no evitó que, sin la debida consideración, el autor rechazara nuestras hipótesis. Creo que lo hizo sobre las bases de que se obtiene el cambio bajo riesgo cuando se observa una discusión intensa o se escucha una discusión grabada y que el descubrimiento de que la familiaridad con un problema conduce a los individuos a la polarización no ha sido replicado en otras investigaciones. Incluso si estas objeciones fueran válidas, no pesarían mucho en comparación con el valor predictivo y a la robustez de los efectos obtenidos por las hipótesis. Es evidente, además, que aun un telespectador o un oyente puede resultar involucrado al observar o al escuchar una discusión, como ocurre durante las campañas electorales. Así, el fracaso en la confirmación de los efectos de la familiarización es un argumento en favor, no en contra de la hipótesis, ya que siempre nos referimos al compromiso en y por las discusiones colectivas. Regresaré más adelante a la confusión entre elementos colectivos e individuales.

Después de que el nuevo fenómeno se separó de la hipótesis que lo explicaba, resurgieron conjeturas previas: la comparación social e influencia informacional. El inquietante hecho es que durante los intercambios entre los proponentes de las dos explicaciones, la mayoría de los experimentos se enfocaron a los antecedentes del fenómeno y no a sus consecuencias, en las diferencias en las condiciones en que el fenómeno se producía y no en la posibilidad de predecir nuevos fenómenos desde las mismas condiciones. La investigación buscó determinar una elección previa y no una predicción futura. Los experimentos realizados por Burnstein y sus colegas (1969 y 1975) amplían nuestro conocimiento del papel de la información en la toma de decisiones, pero no ofrecen descubrimientos generalizables. De este modo, queda la impresión de que estos esfuerzos de investigación culminan en la enunciación de una multiplicidad de causas (o de variables), todas ellas reproduciendo el mismo efecto. Aun si alguna de las explicaciones fuera cometa, cabe la pregunta: ¿Qué nuevos hechos podrían descubrirse a partir de ellas? En cualquier caso, sin importar cómo aproximarse a la cuestión, las dos hipótesis podrían permanecer más o menos equivalentes. El que la hipótesis de la influencia informacional ganara aceptación general se explica por su mejor formulación y por estar más respaldada por una tradición en psicología social.

Para regresar a la confusión entre los elementos sociales e individuales dejaré a un lado las cuestiones de principio y de prejuicio contra o en favor del individualismo y me limitaré a cuestiones de práctica investigativa. Al reducir un fenómeno que ocurre en la sociedad, entre individuos, a

uno que ocurre dentro del individuo, lo despojamos en gran medida de su especificidad e interés. La polarización grupal, por ejemplo, es interesante en la medida en que se considera como el resultado de la interacción que induce a un grupo al cambio de actitudes y a establecer consensos más extremos, en lugar de hacer un compromiso. De esta forma, caracteriza de una nueva manera los aspectos que la sociabilidad y los lazos sociales pueden adoptar. Eso es lo que llamó en un principio la atención de la gente sobre el fenómeno. Ahí radica la fascinación del problema. Cuando el foco está sobre lo individual o en la relación entre individuos aislados, el problema pierde interés; no hay ningún enigma especialmente importante en el hecho de que los individuos se polaricen o no en respuesta a la influencia.

Pero el problema no termina ahí. En la psicología social existen los conceptos de elementos normativos e informativos y esta distinción ha sido de utilidad en algunas ocasiones. El hecho es que la distinción se han mantenido y que ciertas hipótesis han sido acusadas de ser normativas y de explicar las decisiones mediante factores no racionales. Pero estas hipótesis han sido contradichas por otras también basadas en factores no racionales, como la cantidad y calidad de información requerida para hacer una elección bien fundada. Hay algo de irreal acerca de esta oposición en muchos aspectos, por ejemplo, los comentarios de Keynes sobre las decisiones hechas en relación al mercado lo demuestran:

No deberíamos concluir a partir de esto que todo depende de olas de psicología irracional. Por el contrario, el papel de las expectativas de larga duración generalmente se mantiene, aun cuando esto no suceda, otros factores ejercen un efecto compensador. Estamos solamente reafirmando que las decisiones humanas que afectan el futuro, ya sean personales, políticas o económicas no pueden depender de expectativas estrictamente matemáticas, ya que las bases para hacer dichos cálculos no existen y que es nuestro impulso a la actividad lo que hace a las ruedas andar. Nuestros "selves" racionales, haciendo elecciones entre alternativas, tan bien como pueden, calculando cuando se puede, pero frecuentemente cayendo en motivos o dentro de lo sentimental o el azar (Keynes, 1964: 162).

La definición de racionalidad depende del nivel desde el cual veamos las cosas. En un nivel social, la racionalidad de una decisión está garantizada por el hecho de que las personas argumentan entre ellas en términos de igualdad y alcanzan consensos sin estar sujetos a fuerzas externas. Éste es el único metacriterio en los tiempos modernos. La hipótesis que enfatiza la discusión es aún una relativa a la decisión racional. En un ámbito indi-

vidual, por otra parte, la información aparece como un indicador clave de la racionalidad. Entre mejor informados se encuentren los individuos del grupo, las decisiones tomadas serán más racionales. Dicho brevemente, es la composición del grupo, más que las relaciones dentro de él, las que determinan si existe polarización o se opta por el compromiso.

El punto en discusión no es una confrontación entre dos tipos de hipótesis, unas no racionales y otras racionales. Es simplemente un asunto de definición. La primera hipótesis se aplica a la toma de decisiones colectivas, la última a las decisiones individuales y sus agregados. Las hipótesis que son válidas en lo individual encuentran limitaciones en ese nivel y sus explicaciones no pueden ser trasladadas al social. No es que estén equivocadas, sino que no se aplican a grupos, ya que éstos siempre presuponen discusiones e interacciones. Así podemos entender por qué los defensores de la decisión racional, cuando se encuentran en situaciones colectivas, arriban a decisiones “malas” o “irracionales” como resultado de su conformidad con presiones diversas. Como ha observado Obserschall:

La conducta grupal o colectiva no puede ser deducida de la conducta o de supuestos de los individuos solamente. Debe incorporar efectos que son resultado de las relaciones de los individuos en el grupo, esto es, de los efectos de la estructura grupal (Obserschall, 1978: 301).

En este ejemplo, que está lejos de ser el único, la consecuencia parece ser una ruptura con la realidad con que nuestra ciencia tiene que ver. Los fenómenos psíquicos, en este caso, la polarización, está dissociada de los fenómenos sociales que la originan, a saber: toma de postura, discusión, cambios de actitud, relaciones entre individuos, entre otros. En último análisis, parece convertirse en algo limitado, abstracto, aislado de cualquier contexto y de cualquier conexión, en algo que sucede en un vacío grupal.

3. La precisión estadística no se requiere para confirmar hipótesis ni garantiza su validez. Mucho más cuando se considera cuán imprecisos son nuestros instrumentos de investigación. De hecho, pocos campos de la ciencia necesitan análisis de los datos tan cuidadoso y con altos niveles de significancia. Hemos alcanzado un punto en que las metas de investigación en psicología social —que ha llegado a cubrirlo todo: ideas, pruebas, etcétera— pueden ir más allá del umbral del .05. Pero esto sucede cuando el diseño de investigación involucra tareas de papel y lápiz, pero en todas las demás situaciones, las cosas son más complicadas. Festinger comentó no hace mucho tiempo lo siguiente:

...la precisión en la medida y la precisión en el control experimental son medios para un fin –el descubrimiento de nuevos conocimientos–. Demasiado énfasis en la precisión puede llevar a investigaciones estériles [y continúa:] las preguntas formuladas pueden resultar demasiado estrechas y técnicas; la investigación puede encauzarse a alcanzar crecientemente menor falta de claridad en investigación primaria más que dirigirse a los grandes temas; la gente puede perder de vista los problemas básicos debido a que el campo resulta definido por la investigación en curso (Festinger, 1980: 252-253).

En cualquier caso, apresuramos conclusiones cuando imaginamos que los experimentos que se ajustan a los criterios de precisión vigentes necesariamente validan las hipótesis y disconfirman o, incluso, eliminan hipótesis alternativas. Aún no hemos probado que esta explicación es la única posible y no deberíamos de tratar de hacerlo. No deberíamos comportarnos como si fuera posible o, peor, como si fuera inevitable. Sin embargo, ésta es la práctica dominante, como ha sido observado por varios autores que, estando en el mismo campo de investigación, han contribuido de manera importante a nuestro conocimiento acerca de las decisiones colectivas:

Las discusiones de resultados frecuentemente parecen presumir que si una explicación dada recibe apoyo experimental, ninguna explicación rival (aunque no haya sido probada mediante el diseño del experimento en particular), puede permanecer potencialmente como verdadera o como relevante. Esta visión de los procesos psicosociales es demasiado simplista y consecuentemente ingenua (Dion, Baron y Miller, 1970: 364).

Sin duda lo es, pero uno tiene que encontrar qué justifica esta visión y la hace tan persuasiva. ¿Debemos prescindir de las estadísticas?, seguramente no. ¿Debemos prescindir de este tipo de estadística? Sin duda deberíamos hacerlo, como un requerimiento general y como garantía de la valía y fertilidad de nuestros experimentos. Cada uno elige un disfraz que nos permite disimular mejor y hemos seleccionado el de la rigurosidad computacional para ocultar la precariedad de nuestros instrumentos e interpretaciones. Difícilmente hay un precedente en la psicología social o en cualquier otra ciencia que indique que en algún contexto determinado, una sola teoría o un proceso en particular es el que funciona, con exclusión de los demás. Una teoría pertenece al reino de lo posible, pero antes de estar seguros de que ella es correcta, se requiere mucho trabajo. Por otra parte, la insistencia en la precisión obliga a la fragmentación de los fenómenos para que sea posible verificarlos con conjeturas limitadas.

Quizá no estemos plenamente conscientes de que hemos descuidado los problemas más interesantes y de que hemos optado por los más accesibles. En un artículo en que se discuten los resultados de estudios acerca del cambio bajo riesgo, Brown subraya:

Como ha sucedido, los investigadores no han sido muy audaces, pero se han acercado mucho al diseño original. Se han multiplicado los estudios y ha resultado que ahora parece que el problema realmente interesante fuera si el cambio bajo riesgo existe, en lugar de las leyes que determinan cómo uno manifiesta un valor o una virtud en circunstancias completamente novedosas, lo cual sucede en la mayoría de los casos. [Luego, describe en inquietantes términos, consecuencias que nos resultan familiares:] La historia de investigación se ha tornado muy complicada y llena de aparentes contradicciones, la psicología se ha hartado de sí misma, así como se ha hartado de muchos otros problemas cuando llegan a esta etapa (Brown, 1974: 469).

Sus observaciones son muy amplias y no pueden ser tratadas a la ligera; probablemente esto se deba a la personalidad del autor.

He tenido esta sospecha acerca de mi propia investigación y más de una vez acerca de la de otros. Así: ¿por qué seguir esta ruta? Una razón es que las soluciones son más fáciles de obtener y los descubrimientos son prácticamente seguros desde un punto de vista cuantitativo. Otra es que uno tiende a pensar que si los datos cazan con la teoría, entonces, ésta resulta confirmada, y se olvida que lo importante no son los datos como tales sino la cantidad de información que contienen y su especificidad. Por tanto, uno debería desechar aquellas investigaciones con poca información, aunque presenten máxima probabilidad. Este tipo de investigaciones no proporcionan criterios para organizar las teorías en psicología social, no más que la sucesión del día y la noche lo hace para las teorías astronómicas. En un libro dedicado a la teoría seminal de la identidad social tuve problemas para encontrar cómo surge la siguiente cuestión: "Si los sujetos creen que los argumentos provienen del endogrupo y que son opuestos a un exogrupo, y de gente que es similar más que diferente a ellos, ¿los sujetos resultarán persuadidos con mayor probabilidad?" (Whetherell, 1987: 159). Lo anterior supone que los datos en favor de una respuesta positiva confirman la teoría. Hoy, esos datos han sido predichos y verificados por la mayoría de las teorías. Añadir un nuevo ejemplo que muestra que es mayor la probabilidad de que la gente crea en sus compatriotas más que en los extranjeros, sólo aumenta la lista de hechos. Pero en realidad, la teoría no resulta

fortalecida por las respuestas a dichas cuestiones, cuyos efectos son bien conocidos y no permiten distinguir entre teorías. Por el contrario, lo que es difícil de formular y de probar son los efectos opuestos, esto es, que la gente resulta persuadida por los argumentos de individuos diferentes de ellos y que pertenecen al exogrupo. Eso es lo que sucede en las decisiones grupales, en los movimientos sociales creados por minorías activas, en la moda y, finalmente, pero no por ello menos importante, en la política.

Vayamos al área de la cognición social. A primera vista se observa una propensión análoga. Se recordará que, desde sus comienzos, la psicología de masas ha tratado de probar que en la vida ordinaria y en las situaciones colectivas la gente piensa como niños, como seres primitivos o como mujeres. Siendo haraganes cognitivamente, pasan por alto el principio de no contradicción, la lógica científica y usan razonamientos estereotipados. Incapaces de espíritu crítico, piensan en imágenes o clichés, ahora prototipos, y no distinguen entre la ilusión y la realidad. El vocabulario ha cambiado y la gente es descrita como cognoscentes falibles, llenos de prejuicios y preconcepciones en su procesamiento de información. Típicamente descuidan las tasas promedio y las reglas de la estadística, obteniendo conclusiones a partir de un número reducido de casos. Es importante estar conscientes de estas propensiones, como lo es también familiarizarse con las ilusiones perceptuales para comprender tanto la percepción como la patología y entender lo que es normal. Pero si se hace una pausa, lo único que se tiene es una lista impresionante de desviaciones intelectuales en los juicios acerca de las personas y algunas veces acerca de los objetos sociales, justo como puede tenerse una lista de aberraciones sexuales o mentales. El verdadero problema empieza cuando se intenta entrar en una teoría capaz de describir y de explicar, sobre la base de los hechos observados, cuáles son las formas generales de conocimiento que efectivamente prevalecen en la sociedad. Me refiero a las ideologías, religiones, opiniones, mitos antiguos y modernos, sistemas de creencias, en suma, a las representaciones sociales. Sin importar lo correcto que sean, son preponderantes en las masas, conforman nuestras vidas y acciones en común y se espera que la psicología social arroje luz sobre ellas. Ésta es la única clase de teoría que marcará una diferencia tanto científicamente como en el mundo real, tal como la psicología de las multitudes lo hizo en su tiempo. No hay duda de que la dificultad radica en la articulación de los procesos de pensamiento con sus contenidos. Es un hecho que a los psicólogos no les gusta el problema del contenido, y que preferirían mantener al contenido fuera de la

psicología, tal como algunos lingüistas preferirían dejar fuera a la semántica. Sin embargo, en la vida social, debemos lidiar con el contenido y en la medida en que esto sea rechazado, todo lo que queda es probar una y otra vez la corrección de las mismas proposiciones, aunque revestidas de diferentes formas.

4. Tiene que buscarse un mayor equilibrio entre la complejidad de las teorías y la de los fenómenos. Desde el punto de vista de la lógica, poco importa el que las teorías sean simples o complejas. Desde una visión científica, eso marca una gran diferencia, ya que surge el peligro de que las explicaciones carezcan de la perspectiva y sutilidad necesarias. No puede negarse que la mayoría de las teorías que buscamos comparten la característica de ser sumamente simples. Actuamos bajo el supuesto de que estamos en la afortunada posición de seleccionar un principio básico, un mecanismo general y de que seremos capaces de aplicarlo a un amplio rango de hechos provenientes de una gran variedad de ámbitos de la realidad. Pero regresemos al ejemplo antes descrito, ya que no es de ninguna manera extraordinario. Se había reconocido, correctamente, que la polarización en un grupo y la selección de una alternativa más arriesgada o más extrema representa una excepción a la conformidad. Esto reclamaba nuevas explicaciones, ya que un cambio colectivo de actitudes o valores habría tomado lugar. Sin embargo, redefiniendo éstos en términos de los individuos, resultaría evidente que las transformaciones ocurren en los individuos a causa de las presiones de los otros, es decir, del grupo al que pertenecen. También, la polarización aparenta ser un efecto de la conformidad o de la influencia en general. Entonces, resultaría legítimo regresar a los conceptos usuales y reformular las hipótesis familiares sobre la comparación social, la identificación, etcétera y extenderlas también a este rango de fenómenos. Cuando uno examina con detenimiento esta cuestión, apunta a una tremenda reducción. Todo puede ser explicado por unos cuantos conceptos manipulados de tal forma que provean de conjeturas mínimas que puedan ser confirmadas o invalidadas de una vez por todas. Ni la física ni la biología molecular consisten en un número pequeño de conceptos capaces de dar cuenta de una vasta red de fenómenos.

Ésta es la paradoja que con frecuencia me sorprende y me causa problemas. En ciencias sociales, se está lidiando con realidades complejas y precarias, mientras que en las ciencias naturales éstas son simples e invariantes. Sin embargo, nosotros somos los que buscamos describir y explicar estas realidades difíciles por medio de teorías, simples y de corta escala, en tanto que nuestras contrapartes en las ciencias naturales trabajan con teo-

rías, hipótesis y ecuaciones cuya complejidad es amenazante comparada con la nuestra y que es en ocasiones de gran belleza, arrojando nueva luz sobre mucho de lo que damos por supuesto —un gran paso hacia la emancipación de la dictadura de lo familiar.

¿Qué explica nuestra forma de aproximarnos a las cosas en nuestra disciplina? Las causas son probablemente sociológicas. Soy incapaz de precisarlas. Las discusiones sobre este asunto nunca han sido muy fructíferas, no más allá de la conclusión de que la validez general de una teoría parece estar confirmada si sirve como común denominador de numerosos experimentos. En muchos sentidos, estudiamos a los seres humanos como si carecieran de pasiones, ilusiones o impulsos o vivieran en una sociedad en que las palabras, la música o el dinero no hubieran sido aún inventados. ¿Se pueden describir y explicar los fenómenos sociales con una psicología social que deja estos aspectos fuera? En este sentido, las tendencias demasiado individualizantes son las que influyen en la forma como hacemos las cosas: limitan nuestros horizontes y nos alejan de las cuestiones más interesantes y más demandantes de explicación. Lejos está subestimar lo que se ha realizado o lo que el conocimiento ha acumulado con el paso del tiempo. No se trata de restar valor o de minimizar el trabajo de quienes han contribuido a ello. Al contrario, creo que su obra y lo que se ha descubierto en nuestra ciencia no han logrado hacer una diferencia respecto a las otras ciencias sociales debido a que su verdadera dimensión no se ha revelado de manera apropiada.

Si queremos avanzar hacia una perspectiva construida sobre el trabajo realizado por otros, debemos someterlos a crítica. Es un criticismo amenazante. Cualquier juicio que finalmente se alcance debe, antes que nada, ser una autocrítica, una crítica acerca de las cómodas formas en las que uno cae cuando baja la guardia. Una psicología social diferente y, por qué no, nueva, debe resultar de estas dudas y confrontaciones. Un resultado positivo adicional de dichas dudas puede ser el mejoramiento de los procesos explicativos, conduciéndolos a un mejor contacto con la realidad. Ése es el punto que quiero resaltar desde distintas perspectivas.

III

Nuestro problema real es cómo aportar mejores descripciones. Primero, debemos hacer muchos esfuerzos para describir, antes de que podamos ofrecer siquiera pequeñas explicaciones. Las ciencias y las teorías explicati-

vas son una rareza, y las explicaciones no son necesarias ni suficientes para asegurar la existencia de una ciencia. Ése no es el problema de la psicología social sino que éste radica en la descripción en dos sentidos: por un lado, la psicología social ha estudiado por mucho tiempo toda clase de cuestiones y hechos sin afianzarlos en torno a un objeto central propio de la disciplina. En ausencia de éste no hay forma de comulgar en un esfuerzo común, ni puede haber un centro alrededor del cual las teorías se desarrollen y se confronten unas con otras. En tales condiciones no es factible crear una versión abstracta de los fenómenos que pueda cristalizar en un lenguaje para referirse a ellos y estar protegido de las vicisitudes de las escuelas de pensamiento.

Por otro lado, los sucesos estudiados deben ser reconocidos en términos de una realidad ajena al terreno científico. Sean o no objeto de estudio de una ciencia determinada, continúan existiendo independientemente y, por tanto, pueden ser recogidos por el sentido común, la magia o la ideología. Lo anterior es verdad para el mercado respecto a la economía, la familia y los mitos en relación con la antropología, el voto y el poder con respecto a la ciencia política, por citar unos ejemplos. Todos ellos son instituciones autónomas que evolucionan por sí mismos, y referentes a los cuales las ciencias respectivas deben poner atención. De hecho, los fenómenos por sí mismos no actúan como estimulantes, sino los problemas que ellos hacen surgir; la necesidad de comprender esos fenómenos es estimulada por los conflictos sociales que son los que orientan a la teoría hacia la solución de problemas. Fue la revolución soviética y su ambición por diseminar la cultura científica en todos los estratos de la sociedad lo que favoreció el estudio del desarrollo cognitivo y su problemática: "El periodo", escribió Luria, "ofreció una oportunidad única para observar de qué forma tan decisiva todas estas reformas efectuaron no sólo una apertura en la comprensión sino también cambios radicales en la estructura de los procesos cognitivos" (Luria, 1976: 20). Así, lo que los antropólogos estudiaban hasta esa época de una manera estática comparando culturas y los que los psicólogos estudiaban de una forma poco dinámica comparando etapas de desarrollo individual adquirió una dimensión psicosocial. Vale la pena poner más atención a los acontecimientos que son parte de una realidad autónoma y estar pendientes de los nuevos problemas que traen consigo. Podríamos reemplazarlos por fenómenos de nuestra propia confección (el cambio bajo riesgo, cognición social, entre otros), los cuales seleccionamos y aislamos del mundo exterior introduciéndolos en nuestros laboratorios. Pero, ¿podríamos imaginar que sin conocer con exactitud las

dimensiones específicas de la situación de los individuos podremos reintegrarlos al mundo exterior? Lo que tendríamos que observar e intentar comprender no debería ser tan arbitrario y tan remoto como un conjunto de sílabas sin significado.

Al rehabilitar la descripción estamos proveyendo lo que se espera de nosotros: que estudiemos objetos compartidos que tengan un significado social reconocido sin tratar de hacer psicología disimuladamente. La principal tarea de una ciencia es, sin duda, “mapear” los hechos, jerarquizarlos y multiplicar las interconexiones entre ellos. Las variadas líneas de investigación que se extienden desde el cambio en los hábitos alimenticios hasta la efectividad de la comunicación, unificados por los estudios sobre actitudes, son un ejemplo claro de lo que podría hacerse. Tengo la impresión de que la tendencia es en este sentido. Existe la predisposición a bloquear todo lo relativo a los grupos, los medios de comunicación y el estudio de las actitudes sin intentar compensar estas omisiones con la conquista de nuevos territorios. Casi siempre parece haber un rechazo a aventurarse a territorios inexplorados. Mis colegas quedaron atónitos cuando decidí dirigir mis investigaciones hacia las minorías, la innovación y los movimientos sociales, los cuales abrían todo un conjunto de fenómenos relacionados con el cambio, las relaciones intra e intergrupos, esos fenómenos habían sido olvidados hasta ese momento, pero permitían una aproximación desde perspectivas inexploradas. Sin importar qué teoría pruebe ser más fructífera al estudiar dichos sucesos, y hay muchas candidatas para ello, lo importante es que el terreno de la psicología social resultará así enriquecido. Una reacción defensiva fue intentar convertir estos sucesos en variantes de la conformidad o mostrar que no había ningún asunto urgente involucrado, ya que la influencia de las minorías era, en cualquier caso, menor que la de las mayorías. Como si, por ejemplo, el que haya menos oxígeno que hidrógeno en la naturaleza implicara que el estudio del primer elemento fuera menos trascendente.

Desde mi punto de vista, la estrechez de las cuestiones en torno a la causalidad social es igualmente inquietante, sobre todo a la luz de la gran cantidad de nuevos cuestionamientos sobre la política, la historia y la vida familiar. Por ejemplo, el caso de los chivos expiatorios y las conspiraciones como una forma de dar cuenta de los eventos sociales (Hewstone, 1983). La lista puede incluir nuestras reacciones ante la enfermedad, el desempleo, las personas estigmatizadas. Por supuesto, hoy la causalidad social cumple un papel sólo en áreas muy estrechas (Fiske y Taylor, 1984: 98), pero esto es así porque han sido artificialmente estrechadas, no porque sean

intrínsecamente estrechas. Mientras que el mundo que nos rodea se encuentra cambiando y diversificándose con rapidez, uno continúa refiriéndose a la misma realidad, cuando no a una más empobrecida, como sucede con frecuencia. Los movimientos sociales, los medios de comunicación masiva, los descubrimientos lingüísticos, los asuntos concernientes a la economía, entre otros, permanecen periféricos a la investigación y al pensamiento.

Por otra parte, sin importar su jerarquía, toda ciencia debe dedicar su mayor atención a la descripción. Analizar, clasificar, vincular y clarificar fenómenos, hasta que un patrón o una ley se manifieste; de eso trata la ciencia. Los patrones o sistemas clasificatorios que así se revelan y las leyes que son descubiertas, tendrán mayor probabilidad de ser explicativas si descansan en descripciones más precisas. Es difícil imaginar cómo Newton hubiera podido aportar una causa para el movimiento planetario sin tener a su disposición las leyes de Kepler; la mecánica cuántica no podría haber explicado la transformación de los elementos si la tabla de Mendeleiev hubiera sido menos exacta. Las ciencias que han progresado más que la nuestra, como la biología, economía, lingüística o antropología dedican un gran esfuerzo a la descripción. Lo mismo ocurre en la psicología del niño. Los estudios de Kohlberg y Piaget contienen una sección explicativa limitada, en comparación con la suma de hechos abstraídos cuidadosamente que han sido localizados en áreas bien definidas y descritos hasta en los más mínimos detalles. Eso es lo que les ha conferido respeto y lo que las hace una fuente de inspiración para muchas otras ciencias. Para el caso no importa si lo anterior se ha logrado a partir de la experimentación o de la observación. La investigación de laboratorio sobre las atribuciones causales o los esquemas no tiene y parece que no llegará a tener fuerza explicativa, sólo puede aportar información que esperaba su Kepler o su Mendeleiev. En términos generales, observaciones menos artificiales pueden desempeñar un papel más fructífero y conducir a descubrimientos sorprendentes, pues proveen contacto directo con la realidad, mientras que el laboratorio crea una pared que termina por encerrarnos en su interior.

El trabajo experimental no garantiza de manera automática su valor científico ni que la observación sea una ocupación ridícula y ociosa. La etología es una flagrante demostración de la verdad de lo anterior. Así es como Medawar explica su revolucionario impacto:

En los treinta no nos parecía que hubiera forma de estudiar la conducta "científicamente", excepto por alguna clase de intervención experimental —a menos que sometiéramos a un sujeto experimental a nuestra observación en una "situación" o con un estímulo artificial y

luego grabar lo que hacía el animal. La situación entonces se variaba de las formas que se consideraba apropiado para que la conducta del animal variara en consecuencia. Aun aguijonear al animal hubiera sido mejor que sólo observarlo, ya que eso hubiera conducido al anecdotismo y eso era lo que los observadores de aves hacían. Sin embargo era también lo que los pioneros de la etología hacían. Estudiaron la conducta animal y posteriormente fueron capaces por primera vez de distinguir estructuras de conducta natural y episodios —un estilo de análisis que se benefició grandemente de la aproximación comparativa, ya que las mismas secuencias conductuales o secuencias similares en grandes números de especies relacionadas reforzaron la idea de que había cierta conexión natural entre sus diferentes términos, como si representaran el despliegue de cierto programa instintivo (Medawar, 1965: 109).

Por supuesto, toda descripción presupone alguna intuición acerca de las causas y de su relación con ciertos efectos. Sin embargo, el punto focal es la búsqueda de categorías útiles para guiar la observación y un lenguaje capaz de organizar los hechos tanto con precisión como con capacidad heurística. Quizá esto resulte en una colección de anécdotas superficiales y de mera información, aunque no necesariamente tiene que ser así. Todo depende de las preguntas que se formulen y del área en investigación. Esto introduce preconcepciones porque es un mito que pueda haber descripciones sin preconcepciones. En todo estudio, colectamos y hacemos elecciones, buscamos por un orden y lo imponemos. Los hechos no están simplemente dados sino que son interpretados y presentados tal como hemos aprendido a describirlos. Sin embargo, esta aproximación requiere un método de trabajo de mayor continuidad y concentración si se desea conocer todas las facetas de la realidad, de otra forma, nos acostumbraremos a un estilo apresurado, haciendo investigaciones precipitadas que conducirán en casos extremos sólo a resultados instantáneos. La idea es agotar un tema en cuatro o cinco años, describirlo y explicarlo antes de pasar a otro objeto de estudio (Moscovici, 1984a). Como agentes corporativos en el mercado de valores, quienes no tienen paciencia para construir empresas, producir cosas y enfrentarse a las altas y bajas de su trabajo.

Para observar y describir hechos, se debe tener la disposición de dedicar tiempo y de someter a escrutinio académico a los datos lentamente acumulados: "Los hechos de la experiencia, escribió Asch, nos proveen del qué de nuestra investigación. En psicología social esto requiere que describamos con cuidado los contenidos de las creencias, las actitudes y los valores y su relación con la acción" (Asch, 1952: 65). Formular las preguntas pertinentes en una área bien descrita conduce a un esquema explicativo. Los refinados estudios de Zajonc (1989) sobre la relación entre la inteligencia

y el tamaño de la familia pueden servir como ejemplo. Desde mi punto de vista esto conduce a un estilo diferente de trabajo. En lugar de líneas estocásticas discontinuas de investigación dirigiéndose a múltiples direcciones a la vez, la aproximación preferible es tener líneas bien delimitadas que calen con más profundidad en el mismo problema y produzcan resultados de mayor importancia. Tal como en el trabajo que culminó en *Remembering* (1932) de Bartlett o *La Personalidad Autoritaria*, por el grupo dirigido por Adorno (1950). Fracasas en dedicar tiempo a la producción de cuidadosas descripciones ha conducido a teorías más frágiles, como en el caso de las decisiones grupales, la conducta moral, la influencia social, los autoesquemas, por mencionar sólo algunas. No es que estuvieran equivocadas sino que eran débiles por falta de profundidad en los pequeños aspectos de la vida individual y colectiva. Sólo hay que compararlas con las descripciones de los practicantes y clínicos para notar la diferencia.

Se supone que la descripción tiene un estatus más bajo y que es prescindible, pero si ése fuese el caso cabría preguntarse por qué las teorías explicativas o paradigmas, como se les llama, son tan cambiantes como la moda en el vestir. Una razón es, sin duda, la debilidad de los patrones y leyes que los respaldan. No tengo una receta o garantía que ofrecer sobre la descripción. Sólo he querido llamar la atención sobre los problemas que provoca como una precondition para toda buena teoría y sobre lo deseable que resulta enriquecer la fenomenología de nuestra ciencia en la actualidad. La necesidad de hacerlo así es mayor considerando que la psicología social se desarrolla en una variedad de culturas y de acuerdo con diferentes tradiciones de investigación. Si la psicología social ha de progresar en las diversas comunidades científicas, entonces el método de elección entre la ciencias sociales, el método comparativo, también lo hará (Pepitone, 1981; Triandis, 1975). Dicho método hace posible dar cuenta de lo que hasta hoy ha sido evitado: el contenido y el contexto que son cruciales para la comprensión de fenómenos cognitivos y afectivos (Nisbett y Ross, 1980). Buscar patrones libres de contenido o sin contexto es ilusorio ya que, entonces, también serían libres de sociedad. En las ciencias físicas esto se logra recurriendo a constantes universales que ponen límites a la validez de las descripciones. En nuestras ciencias todo lo que puede hacerse es combinar la descripción con el análisis de fenómenos específicos en varios contextos y extraer sus rasgos característicos, lo cual es el método empleado por los historiadores, lingüistas y antropólogos. Así son las cosas y debemos aceptarlas. Lo que es posible hacer en las ciencias físicas no lo es en las ciencias biológicas o en las ciencias sociales.

A lo largo de los años, he luchado intensamente con estas cuestiones. Se mantienen vivas por las investigaciones sobre representaciones sociales, por las discusiones que he mantenido con colegas en los Estados Unidos y Europa, al igual que por el curso que ha tomado la disciplina en que he sido actor y espectador. Expresan algunas de mis perplejidades más críticas y muestran mi sentimiento de que a pesar del tiempo y los esfuerzos dedicados por más de 20 años a esta tarea, no hemos tenido éxito en lograr la unión de los psicólogos sociales o en iniciar diálogos permanentes desde los distintos puntos del planeta. El que un entendimiento más claro de las precondiciones de cualquier tipo de explicación coadyuvará a estrechar los lazos entre nosotros permanece como una íntima convicción. Como ejemplos de dichas precondiciones tenemos: una clara definición de nuestro objeto de estudio, de los problemas por ser resueltos, de los patrones a explicar, de los criterios para la elección entre teorías, entre otros. Tengo dudas sobre la capacidad de la psicología social para ofrecer verdaderas explicaciones, no sólo porque las ciencias "híbridas" raramente son explicativas sino también porque veo cómo, con gran rapidez, todo mundo ofrece explicaciones y se cree que están verificadas o refutadas. Lo que queda detrás es tratado como una mera acumulación de hechos. La energía dedicada a esta tarea excepcional, podría ser dedicada a una meta más productiva: abrir perspectivas para un nuevo continente de fenómenos. Podrían constituir el soporte para mejores historias de las cuales derivar teorías de mayor profundidad. Sin embargo, siempre existirán problemas en la sociedad que demanden nuestra atención, pues son los elementos ocultos que nos obligan a adoptar con urgencia la necesidad de clarificar las cosas y enfrentar las demandas de nuestro tiempo.

Bibliografía

Adorno, T. W., *et al.*

1950 *The Authoritarian Personality*, Harper and Row, Nueva York.

Asch, S. E.

1952 *Social Psychology*, Prentice Hall, Nueva York.

1959 "A perspective on social psychology", en S. Koch, ed., *Psychology: A Study of a Science*, McGraw Hill, Nueva York, pp. 363-383.

Bartlett, F. C.

1928 *Psychology and Primitive Culture*, MacMillan, Nueva York.

- Billing, M.
1982 *Ideology and Social Psychology*, Blackwell, Oxford.
- Bloch, M.
1983 *Les Rois Thaumaturges*, Gallimard, París.
- Brown, R.
1974 "Further comment on the risky shift", en *American Psychologist*, núm. 29, pp. 448-470.
- Burnstein, E.
1969 "An analysis of a group decision involving risk (The risky shift)", en *Human Relations*, núm. 22, pp. 381-395.
- Burnstein, E., y A. Vinokur
1975 "Testing two classes of theories about group-induced shifts in individual choice", en *Journal of Experimental Social Psychology*, núm. 11, pp. 412-426.
- Crick, F.
1988 *What Mad Pursuit*, Basic Books, Nueva York.
- Dion, K. L., R. S. Baron y N. Miller
1970 "Why do groups make riskier decisions than individuals?", en L. Berkowitz, ed., *Advances in Experimental Social Psychology*, vol. 5, Academic Press, Nueva York.
- Doise, W.
1982 *L'Explication en Psychologie Sociale*, Presses Universitaires de France, París.
- Doise, W., y S. Moscovici
1974 "Decision-making in groups", en C. Nemeth, ed., *Social Psychology*, Rand McNally, Chicago.
- Doise, W., y G. Mugny
1984 *The Social Development of the Intellect*, Pergamon Press, Oxford.
- Duveen, G., y B. Lloyd
1986 "The significance of social identities", en *British Journal of Social Psychology*, núm. 25, pp. 219-230.
- Elms, A. C.
1975 "The crisis of confidence in social psychology", en *American Psychologist*, núm. 30, pp. 967-976.
- Farr, R. M.
1981 "On the nature of human nature and the science of behaviour", en P. Heelas y A. Lock, eds., *Indigenous Psychologies: The Anthropology of the Self*, Academic Press, Londres.

- Farr, R. M., y S. Moscovici
1984 *Social Representations*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Festinger, L.
1980 *Retrospections on Social Psychology*, Oxford University Press, Oxford.
- Fiske, S. T., y S. E. Taylor
1984 *Social Cognition*, Addison-Wesley, Reading, Mass.
- Freud, S.
1983 *Malaise dans la Civilisation*, Payot, París.
- Gergen, K.
1985 "The social constructionist movement in modern psychology", en *American Psychologist*, núm. 40, pp. 266-275.
- Harré, R., y P. F. Secord
1972 *The Explanation of Social Behaviour*, Blackwell, Oxford.
- Hewitt, J. P.
1984 *Self and Society*, Allyn and Bacon, Boston.
- Hewstone, M.
1983 *Attribution Theory: Social and Functional Extensions*, Blackwell, Oxford.
- House, J. S.
1977 "The three faces of social psychology", en *Sociometry*, núm. 40, pp. 161-177.
- Israel, J., y H. Tajfel, eds.
1972 *The Context of Social Psychology: A Critical Assessment*, Academic Press, Londres.
- Keynes, J. M.
1964 *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Harcourt Brace Jovanovitch, Londres.
- Kruglanski, A. W.
1975 "The endogenous-exogenous partition in attribution theory", en *Psychological Bulletin*, núm. 82, pp. 387-406.
- Lemaine, G.
1979 "Différenciation sociale et originalité sociale", en W. Doise, ed., *Experiences Entre Groupes*, Mouton, París.
- Luria, A. R.
1976 *Cognitive Development*, Harvard University Press, Cambridge.
- Medawar, P. B.
1965 *The Art of the Soluble*, Methuen & Co., Londres.
- Moscovici, S.
1961 *La Psychanalyse, son Image et son Public*, Presses Universitaires de France, París.

- 1969 "Preface", en D. Jodelet, J. Viet y P. Besnard, eds., *Une Discipline en Mouvement: la Psychologie Sociale*, Mouton-Bordas, París.
- 1976 *Social Influence and Social Change*, Academic Press, Londres.
- 1982 "The coming era of representations", en J. P. Codol y J. P. Leyens, eds., *Cognitive Approaches to Social Behaviour*, Nijhoff, La Haya.
- 1984a "The myth of the lonely paradigm: a rejoinder", en *Social Research*, núm. 51, pp. 940-967.
- 1984b "Introduction: Le domaine de la psychologie sociale", en S. Moscovici, ed., *Psychologie Sociale*, Presses Universitaires de France, París.
- 1988a "Crisis of communication and crisis of interpretation", en prensa.
- 1988b "Notes towards a definition of social representations", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 18, pp. 211-250.
- Moscovici, S., y G. Paicheler
- 1981 En H. Tajfel, ed., *Human Groups and Social Categories*, Cambridge University Press, Cambridge.**
- Moscovici, S., y M. Zavalloni
- 1969 "The group as a polarizer of attitudes", en *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 12, pp. 125-135.
- Mugny, G.
- 1982 *The Power of Minorities*, Academic Press, Londres.
- Nisbett, R. E., y L. Ross
- 1980 *Human Inference: Strategies and Shortcomings in Social Judgement*, Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- Obserschall, A.
- 1978 "Theories of social conflict", en *Annual Review of Sociology*, núm. 4, pp. 290-315.
- Paicheler, G.
- 1988 *The Psychology of Social Influence*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Pepitone, A.
- 1981 "Lessons from the history of social psychology", en *American Psychologist*, núm. 36, pp. 972-985.
- Pruitt, D. G.
- 1971 "Choice shifts in group discussion: an introductory view", en *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 20, pp. 338-359.

- Rommerweit, R.
1974 *On Mesage Structure. A Framework for the Study of Language and Communication*, John Wiley, Nueva York.
- Sampson, E.
1978 "Scientific paradigms and social values: wanted - a scientific revolution", en *Journal of Personality and Social Psychology*, vol. 36, núm. 11, pp. 1332- 1343.
- Shaffer, R. B.
1978 "On the current confusion of group-related behaviour: A reaction to BUYS", en *Personality and Social Psychology Bulletin*, núm. 4, pp. 564-567.
- Tajfel, H.
1981 *Human Groups and Social Categories*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Triandis, H. C.
1975 "Social psychology and cultural analysis", en *Journal for the Theory of Social Behavior*, núm. 5, pp. 81-106.
- Whetherell, M.
1987 "Social identity and group polarization", en J. C. Turner, ed., *Rediscovering the Social Group*, Blackwell, Oxford, pp. 142-171.
- Wigner, E. P.
1967 *Reflections*, Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge.
- Wilson, D. W., y R. B. Shaffer
1978 "Is social psychology interesting?", en *Personality and Social Psychology Bulletin*, núm. 4, pp. 548-552.
- Wittgenstein, L.
1967 *Investigations Philosophiques*, Gallimard, París.
- Zajonc, R. B.
1989 "Styles of explanation in social psychology", en *European Journal of Social Psychology*, núm. 19, pp. 345-368.
- Zavalloni, M., y C. Louis-Guerinc
1984 *Identité Sociale et Conscience: Introduction à l'ègo l'écologie*, Presse de l'Université de Montréal et Private ov France, Montreal.

Artículo recibido el 28 de septiembre de 2003 y
aceptado el 2 de marzo de 2004